MARTIN RUIZ

# El mundo de Lemebel

Recién es posible mirar en público hacia el mundo homosexual sin rechazo y con racionalidad. Las diferencias sexuales son estigmatizadas por una vieja cultura que no tolera las disidencias de género. Todavía el patrón macho-hembra es absoluto.

No obstante, la realidad del homosexualismo nos asalta a cada paso. Se dice que constituyen el 1% de la población del planeta y que tal minoría sexual es impermeable e invencible. Resiste todas las represiones, el escarnio, la condena de las religiones y las leyes, el desprecio social y los abusos policiales. Para enfrentar la contracorriente, los homosexuales -hombres y mujeres- deben mimetizarse y aprender a vivir una doble existencia. No pueden mostrar su naturaleza a la luz pública: están condenados al gueto y al enmascaramiento. Los que dan la cara son señalados como entes entre pintorescos y cínicos. No son muchos los heterosexuales que se atreven a defender la legitimidad y los derechos humanos de tal minoría. Temen que los acusen, a ellos mismos, como de sexualidad dudosa, y por eso se apresuran a declarar que son hombres y mujeres libres de toda sospecha.

No se publica en Chile mucha literatura sobre el asunto. Escritores nacionales ilustres como Augusto D'Halmar o Benjamín Subercaseaux fueron homosexuales y reflejaron con cierta subjetividad y ambigüedad su temperamento en libros que la actual generación desconoce.

Por eso la lectura de "Loco afán, crónicas de sidario" (LOM Ediciones), de Pedro Lemebel, representa todo un desafío contra una serie de reticencias muy arraigadas. El autor, escritor, cronista, artista visual, no se anda con rodeos. Desafía el rechazo con un "Manifiesto" en estrofas sin eufemismos: "No soy Passolini pidiendo explicaciones/ No soy Ginsberg expulsado de Cuba/ Aquí está mi cara/ Hablo por mi diferencia/ Defiendo lo que soy/ y no soy tan raro".

El libro enfoca al más escarnecido segmento homosexual: los travestis, los afeminados evidentes, los "colizas" de las barriadas. No oculta que sus personajes son

los más humillados, motejados, ridiculizados y perseguidos. Se acerca a ellos con humor negro y ternura, con alegría y patetismo. Las crónicas de "Loco afán" son espertênticas, fantasiosas, ácidas y regocijantes al mismo tiempo. Están escritas con agudeza y con un ánimo de militancia rebelde y desafiante. Mezclan el kitsch de las canciones sentimentales ("Besos brujos" "Aquellos ojos verdes") con la sátira desatada. Recuerdan a Genet y Almodóvar por partes iguales. Algunas se refieren a la vida de Chile a través de historias divertidas con final triste, como "La noche de los visones o la última fiesta de la Unidad Popular". O recogen hechos policiales o noticias de los medios de comunicación que mueren al día siguiente, como "Berenice" o "El rojo amanecer de Willy Oddó". También retratan a fuego a personajes del mundo del espectáculo o de la TV, como el cantante Raphael o el maquillador Gonzalo Cáceres, o con simpatía indisimulada cuando se trata de Cecilia, Lucho Gatica o Joan Manuel Serrat.

En este vuelo de avispa, con frecuentes descripciones magistrales y una prosa viva y de gran nivel, Lemebel centra su atención en lo que es su tema fundamental: los homosexuales y el sida. "La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización por el contagio. Reemplazó nuestras plumas por jeringas y el sol por la gota congelada de la luna en el sidario".

La enfermedad ha desencadenado una doble segregación y se la ha llamado "la peste rosa". Casi todos los relatos de "Loco afán" aluden a ello sin mitología, señalando que hasta se ha convertido en un asunto de marketing que mueve el comercio de la medicina y de los congresos e instituciones que, en nombre de la enfermedad, compiten en la feria de vanidades del neoliberalismo.

Lemebel rechaza el concepto de minoría aplicado a los homosexuales. Asegura que la discriminación que sufren está en el mismo contexto social que sufren los indígenas, los niños, las mujeres, los ancianos y los inválidos en los países de capitalismo salvaje. También son minoría en el reparto de derechos y caudales.

Sin ningún asomo discursivo, el libro de Lemebel quiere establecer un puente de encuentro del derecho a la diferencia con toda la población humana que necesita para su desarrollo y felicidad un mundo sin postergados ni leprosos sociales; una sociedad con un lugar para todos, sin guetos ni desventajas para vivir con libertad y equidad el papel que le asignó a cada cual la madre naturaleza.